



JACLR

*Journal of Artistic
Creation & Literary
Research*

JACLR: Journal of Artistic Creation and Literary Research is a bi-annual, peer-reviewed, full-text, and open-access Graduate Student Journal of the Universidad Complutense Madrid that publishes interdisciplinary research on literary studies, critical theory, applied linguistics and semiotics, and educational issues. The journal also publishes original contributions in artistic creation in order to promote these works.

Volume 2 Issue 1 (July 2014)

Laura de la Parra Fernández
"En Madrid No Hay Árboles"

Recommended Citation

De la Parra Fernández, Laura. "En Madrid No Hay Árboles." *JACLR: Journal of Artistic Creation and Literary Research* 2.1 (2014)

<<https://www.ucm.es/siim/journal-of-artistic-creation-and-literary-research>>

©Universidad Complutense de Madrid, Spain

Es ya de madrugada. Marina y yo bajamos en silencio las escaleras del portal de mi casa hasta que llegamos al coche que está aparcado en la otra acera. Se queda apartada con las manos metidas en las mangas del jersey hasta que saco las llaves de un bolsillo. Tiene el pelo despeinado y ya no lleva pintalabios. Lleva puestas las medias que le regalé.

–¿Quieres conducir? –le pregunto a Marina, y le ofrezco las llaves del Ford de mi padre.

–Gracias, Mario, pero no, deberías practicar –me contesta, abriendo la puerta y subiéndose al asiento del copiloto.

El silencio que arrastramos desde que salimos de mi casa se prolonga cinco minutos más. Suena un disco de Radiohead que ella me grabó. Llevo el volumen bajo, por si le apetece hablar. Vuelvo a mirar el reloj. Las 5:40. Por suerte no hay tráfico.

–Qué tarde es –digo.

–O pronto –se sonrío.

–Podías haberte quedado.

–Mi tren sale a las nueve. Tengo que pasar por casa de Andrea a recoger mis cosas y a darle las gracias por dejar que me quede con ella –tamborilea con los dedos sobre su rodilla derecha. Le cojo la mano y la apoyo sobre su pierna. Sé que tiene examen después, de dibujo o algo así, y no puedo decirle que retrase el billete. Cuando lo mencionó en un

primer momento, me pareció bien. Así no se alargarían demasiado las cosas. No pensé que fuera a querer que lo hicieran, pero así es.

–Son las medias que te regalé –son unas medias de rejilla negra, tupidas. Le acaricio la rodilla notando la piel por debajo del nailon.

–Antes no te has fijado –dice.

–Lo he pensado cuando te he visto entrar por la puerta, pero después se me ha ido –miento, porque en realidad no sabía cómo mencionarlo antes. ¿Antes cuándo, cuando se estaba vistiendo en silencio y sin mirarme? ¿O cuando ha entrado por la puerta y no sabía cómo comenzar todo aquello? ¿Cómo comenzar por final?– Aún no se te han roto, qué raro –le digo, pero ella no se ríe. La primera vez que la vi, en aquella fiesta de verano que celebró Andrea, las llevaba rotas. Me acuerdo. Hace un año. Aún no tenía el carnet de conducir. Me lo saqué hace cinco meses.

–Las estreno hoy.

Tengo que retirar la mano para cambiar la marcha porque acabamos de salir de la autopista. Respira hondo, no te pongas nervioso. La palanca cede con suavidad y ralentizo. Acelero de nuevo. Cuando vuelvo a colocarla sobre su rodilla, es ella la que me coge a mí la mano y entrelaza sus dedos con los míos. No sé qué decir.

–¿Te apetece un chocolate con churros? –le pregunto, acariciándole los nudillos. Paro ante un semáforo en rojo, meto primera y vuelvo a coger su mano rápidamente.

–No, gracias –contesta. La luz se pone verde. Vuelvo a arrancar.

–Si quieres luego puedo llevarte a la estación –no la miro. Entramos en una glorieta. Espejo, intermitente.

–Tal vez me apetezca un café con leche –murmura finalmente, me mira y se coloca el pelo detrás de la oreja. Miro su mano, aún en la rodilla, cerca de la palanca de cambios. La laca de uñas roja está descascarillada. Eso no cambia.

Aparco cerca de la casa de Andrea, detrás de la Gran Vía. Callejeo. Encuentro un sitio pequeño no muy lejos del portal. Caminamos en fila india por las aceras estrechas. Marina lleva las manos metidas en las mangas. Encontramos un café abierto, un local sucio y amarillo donde sólo queda un parroquiano en la barra apurando un jerez oscuro. Rodeo a Marina por la espalda, sin llegar a abrazarla, y la empujo hacia la mesa. Un camarero pálido y ojeroso viene y apunta con sus dedos delgados dos cafés con leche y unos churros. Marina dice que no quiere, que tiene el estómago revuelto. Se ha sentado frente a mí con las piernas cruzadas, pero no me mira, coloca la barbilla en ese gesto tan suyo de no mirarte que tantas veces he contemplado en la foto que me regaló por navidades. Se la hizo su madre. Su madre tiene un estudio fotográfico profesional en Sevilla y es bastante admirada. No la conozco. Marina siempre viene a Madrid y dice que no es de Sevilla. No tiene acento. Nació en Tarragona, pero ha vivido en tantos sitios que dice que no pertenece a ninguna parte. En Madrid le quedan algunos amigos de uno de los institutos a los que fue: Andrea, la novia de un compañero de mi facultad gracias a la cual la conocí. Nos presentaron. Bailamos un rato. Me sentí torpe. Le dije que estudiaba ingeniería y que me estaba sacando el carnet de conducir, que ya había suspendido dos veces a pesar de sacar notables en asignaturas sobre motores. Volví a sentirme más torpe, pero conseguí que sonriera. Marina me contó que estudiaba Bellas Artes porque le gustaba a su madre, pero que lo único que quería hacer en su vida era viajar por todo el mundo. Le dije que por qué no estudiaba turismo entonces, o lenguas. Mi hermana es profesora de español y no para de viajar. Dijo que le parecía gracioso.

Salió al balcón a fumar con las compañeras de piso de Andrea, dos Erasmus muy colocadas. La acompañé. Nos besamos. Bueno, me besó ella. "Yo no conduzco, pero beso bien", me dijo. "Bueno, yo es que necesito el coche para volver a casa, vivo lejos y los autobuses pasan cada dos horas". Me dio la sensación de que no me escuchaba, pero siguió besándome. Todo han sido viajes y trenes hasta ahora, mensajes muy precisos sin un ápice de romanticismo ("Voy este viernes, ¿te viene bien?"), y cuidadosos intentos de esquivar a mis padres cuando se iban a cenar y al bingo hasta las tantas. No es que a ellos les hubiera molestado –les encantaría saber que tenía "novia"–, era Marina la que no quería conocerlos.

Fui a Sevilla una vez, para darle una sorpresa y pareció molesta. Llegué nervioso en el ave y me hospedé en un hostel. Dimos algunos paseos, comimos tapas en un bar típico de la ciudad y el resto del fin de semana lo pasamos encerrados en mi habitación. Yo me quedé hasta el domingo por la noche. Ella se fue por la mañana porque tenía que terminar un trabajo.

El camarero viene derramando un reguero de café con leche de los dos vasos altos de cristal. Los deja sobre la mesa, todavía rebosantes, y coloca el plato de churros en el medio. Cojo uno, lo mojo en el café y lo mordisqueo.

–A lo mejor podemos intentarlo –digo, inspirado por la comida caliente y el hecho de que ella haya accedido a quedarse un poco más.

–Enrique, otra vez no... –suspira, cansada, y toma un sorbo de café. Me mira y mete las manos por debajo de la mesa, acariciándose las medias.

Miro fijamente mi taza de café, donde ha la grasa del churro ha hace círculos concéntricos.

–¿Entonces ya no vendrás a Madrid? –pregunto.

–Vendré a ver a Andrea alguna vez, supongo –aparta la mirada y vuelve a colocarse el pelo. Parece cansada.

Seguimos comiendo y bebiendo café en silencio, ella come un churro muy despacio, sin mojarlo en el café. Después se limpia los labios en la servilleta, retira la silla y dice:

–Tengo ganas de fumar. Ahora vengo.

Termino de desayunar yo solo, pago la cuenta (el parroquiano sesteo con la cara apoyada en la barra) y al salir encuentro a Marina inmóvil en la puerta, con el que debe de ser su tercer cigarro en la mano. Un fin de semana que pasamos juntos, la llevé a la montaña y no fumó ni un cigarro. Le dije que si era por respeto a la naturaleza o algo así. "No", me dijo, "es porque estoy contenta". Yo nunca había fumado, pero adoraba esa mezcla de perfume y tabaco en su pelo.

–Por un momento creí que te habías ido –confieso, aunque intento que suene como una broma.

–¿Adónde? –me pregunta, y aplasta la colilla con la punta de su bota.

–No lo sé –le digo, y nos ponemos a andar de nuevo.

Yo camino detrás de ella hasta el coche y ella se separa para subir a casa de Andrea y coger sus cosas. Sigo sin entender qué ha salido mal, en qué puedo haberme equivocado, incluso aunque fuera consciente de que esto no funcionaba, incluso aunque lo hablásemos de manera razonable la vez anterior: no podemos seguir así. "Tú no quieres esto y yo tampoco. Yo creo que necesito estar sola, o no estar atada". "¿Atada a qué?", le dije. Le había prometido irnos a recorrer el mundo en cuanto me licenciase. "A una ciudad, a un tren, a un itinerario. Es como si pudiera ver el resto de mi vida ante mí. Mi madre cambia de sitio cuando le ofrecen un trabajo nuevo o cuando tiene un novio nuevo, o las dos cosas. Es como si pudiera ver el resto de mi vida".

Nunca me enseñó lo que hacía. Su cuaderno de bocetos, o lo que fuera. "¿Para qué? No sirve. Soy una mala pintora, y aunque fuera buena, el arte no sirve". "¿Entonces por qué lo estudias?". "Porque es lo que mi madre quiere que estudie y me lo paga. Porque probablemente encontraré trabajo. Porque no sé qué elegiría si tuviera que hacer otra cosa".

Andrea vuelve, guarda su maleta en el maletero y se sube al coche.

–¿Estaba Raúl? –pregunto, quizás para torturarme.

–Sí, estaban durmiendo. Les he dejado una nota.

El sitio es pequeño y me toca maniobrar un rato para salir. En otra ocasión, Marina habría hecho un chiste, o habría imitado mi cara de concentración, mordiéndome la lengua, pero ahora no dice nada. Sólo mira al infinito. Lleva con esa mirada desde que volvió a ponerse las medias, desde que salimos de casa. Todo era normal cuando llegé. Hasta trajo una botella de vino. Yo pensaba que iba a ser diferente. Más como ahora, tal vez, o quizás no. Sólo diferente. Pero es Marina. Marina nunca sería diferente: tan pronto bromeaba como se quedaba mirando el infinito.

–¿Atocha? –le pregunto, a pesar de que sé la respuesta perfectamente. Ella asiente. Me doy cuenta de que tiene un roto en las medias a la altura del muslo, en la cara interna. Antes no lo tenía, y se agranda cada vez más.

–Tienes un roto en las medias.

Ella echa un vistazo rápido, sin pararse a examinarlo, como si ya fuera consciente de su existencia.

–Ah, ya. A veces ocurren estas cosas.

No se muy bien qué contestarle. Alargo la mano, sujetando firmemente con la otra el volante, y acaricio el roto súbitamente asaltado por un sentimiento de ternura y tristeza hacia él. Noto cómo se le pone la carne de gallina. Trato de no apartar la vista de la carretera; los primeros coches están empezando a circular.

–Es una pena –digo, sin saber muy bien a qué me refiero. Ella se encoge de hombros, acaricia mi mano y después señala al horizonte. No hay tráfico. Un halo de luz limpia se extiende por las calles de Madrid y a lo lejos se dibuja el perfil de la estación de Atocha. Pienso que podría subirme con ella a ese tren, a cualquier tren.

–Está amaneciendo –dice. Abre su bolso, saca las gafas de sol y se las pone.

Perfil del autor: Laura de la Parra Fernández (Ávila, 1991) es graduada en Estudios Ingleses por la Universidad Complutense de Madrid. Actualmente estudia un máster de Escritura Creativa en la Universidad de Edimburgo, Reino Unido. Residió y estudió un año en Utrecht, Holanda. Es autora de la novella *Lila* (Ediciones Oblicuas, 2011) y del poemario *Animal de huida* (Ediciones Oblicuas, 2013). Ha participado en varias antologías, entre ellas *Tenían veinte años y estaban locos* (La Bella Varsovia, 2011) y *Atlas poético* (Cuadernos del Laberinto, 2013). Coordina la antología digital *Ciudades esqueleto* junto a María Sánchez, trabaja como traductora y columnista, y mantiene un blog: <http://emilyrobertswrites.blogspot.com>.

Contacto: <snowfragance@gmail.com>

Bioprofile of the author: Laura de la Parra Fernández (Ávila, 1991) graduated in English Studies at the Complutense University of Madrid. She's currently studying for an MSc in Creative Writing at the University of Edinburgh, UK. She lived and studied in Utrecht, The Netherlands, for a year. She's the author of the novella *Lila* (Ediciones Oblicuas, 2011) and the poetry collection *Animal de huida* (Ediciones Oblicuas, 2013). Her work has been published in several anthologies, among others, *Tenían veinte años y estaban locos* (La Bella Varsovia, 2011) and *Atlas poético* (Cuadernos del Laberinto, 2013). She coordinates the digital anthology *Ciudades esqueleto* along with María Sánchez, Works as a translator and a columnist, and keeps a blog: <http://emilyrobertswrites.blogspot.com>

Contact: <snowfragance@gmail.com>